

altivo y colérico: „Sabed que sois vasallos míos, y que yo soy señor, no solo del clero, sino de todos los hombres, los cuales están sujetos á mi autoridad por disposición del mismo Dios.” Cogió la acta, la leyó precipitadamente, y dijo: „no puede haber cosa mas perjudicial.” Les prohibió que la aprobasen, y publicó otra bula, en que los amenazaba con un riguroso castigo si se atrevían á firmarla; pero añadiendo los artificios de un corruptor al lenguaje respetable de un Sumo Pontífice, insinuó á los Príncipes (1), que si querían tomar parte en sus designios, les abandonaría la conquista de los estados de la Iglesia en Italia, y los colmaría de tantos honores y riquezas, que jamás los habría recibido iguales de ninguno de sus predecesores la casa Real de Francia; á lo que respondieron con desprecio, que bastante grandeza tenían ellos por sí mismos, y que en todo caso no necesitaban su aprobación para hacer la guerra donde mejor les pareciese.

31. Sin embargo, el día 4 de Julio volvió á reunirse el sacro colegio. Se resolvió en esta junta hacer una nueva tentativa con el Papa, y obtener por lo menos la revocación de las bulas y de las prohibiciones intimadas últimamente á los cardenales, y después se envió á pedirle audiencia. La prometió para dentro de dos días; pero habiendo llegado el caso de concederla, no cesó de suscitar dificultades, aumentándose estas mas y mas á pe-

(1) *Hist. anon. p. 304.*

sar de las atenciones y miramientos de los embajadores. Cansados en fin, y deseando concluir prontamente este asunto, se presentaron en la audiencia el día ocho del mismo mes, introducidos por los cardenales, los que en cierto modo tuvieron que abrirse paso á viva fuerza. Pero ya que consiguieron ver al obstinado Pontífice, no les fue posible hacerle ninguna impresión con sus razones, porque respondió constantemente que deseaba la paz de la Iglesia con mas ardor que otro alguno, y que las declaraciones que había hecho contenían los medios más á propósito para lograrla. Mucho tiempo había que los Príncipes estaban desengañados de un celo que solo consistía en palabras, y así se despidieron del Papa con pocas ceremonias, convidando á los cardenales antes de salir del palacio á una junta para el día siguiente en el lugar donde solían tener sus conferencias. Cuatro doctores de la universidad hablaron en ella sucesivamente y con gran desembarazo contra las ideas y pretensiones de Benedicto; después refutaron á un fraile dominico inglés, que á vista de ellos predicaba insolentemente contra la conducta de la corte de Francia y de la universidad de París; y después volvieron con los Príncipes á esta capital á hacer la horrible pintura de una obstinación, que fue cada día en aumento hasta tal extremo que apenas es creíble, á pesar de los monumentos mas auténticos.

32. En el consejo que se tuvo con este motivo, se resolvió que tratase el Rey con los demás Prín-

mayor su sorpresa y alegría cuando le dijeron de parte de Carlos: „Señor, pues os agrada todo esto, el Rey os suplica que lo admitais como un presente.” El dia inmediato, que era la fiesta de la Anunciacion, despues de haber pasado Carlos la mañana en la iglesia, envió desde el palacio arzobispal donde estaba alojado, á buscar á Wenceslao para que fuese á comer con él; pero mientras el Monarca francés estaba empleado en egercicios de piedad, no pensaba el aleman mas que en entregarse al vino, de modo que habiéndose embriagado, fue necesario retardar el convite hasta el dia siguiente. Reinó en la mesa un lujo tan escesivo, que aventajó en mucho á todo lo que habia escitado hasta entonces la admiracion germánica. „Rodaba la vajilla de oro y plata, dice el historiador Froissart (1), como si fuese madera.” Despues de la ceremonia mandó el Rey Carlos, por efecto de una liberalidad sin egeemplo, y loable únicamente por lo que esperaba de ella en beneficio de la Iglesia, que se regalase al Emperador y á sus criados toda la vajilla de plata que se habia presentado en la mesa, y todos los ricos adornos de la sala del banquete. Este regalo se valuó en doscientos mil florines de oro.

Despues se trató de los asuntos de la Iglesia. Un Principe como Wenceslao, lleno de estas profusiones, no debia hacer gran resistencia especialmente al salir de un convite opíparo. Se convino

(1) Vol. 4. c. 91.

en que se insistiria en el medio de la cesion, y en que al Papa que se negase á condescender con los deseos del Emperador y del Rey, se le declararia privado de todo derecho á la dignidad pontificia. El Rey se obligaba á hacer que adoptasen el mismo pensamiento los Reyes de Inglaterra, Escocia, Castilla, Aragon, Portugal y Navarra; y el Emperador prometia lo mismo por lo tocante al Rey de Hungria, á los estados de Bohemia y á toda Alemania.

37. Entonces se puso en camino Pedro de Ailli para pasar á la corte de Bonifacio. Le habia promovido al obispado el Papa Benedicto, proponiéndose atraerle á su partido á fuerza de beneficios, como que era el doctor mas hábil y mas temible que habia en la universidad. Estaba ya condecorado con los de canciller de este cuerpo literario, de limosnero del Rey y de tesorero ó primera dignidad de la santa capilla, cuando Clemangis, que se habia establecido por último en la corte de Aviñon, dió á entender á Benedicto que sin embargo de lo condecorado que estaba aquel sábio, podria suceder muy bien que no fuese insensible al título mas eminente del obispado, y mucho mas si le recibia de su Santidad. Habiendo vacado en estas circunstancias el obispado de Puy, le confirió efectivamente Benedicto en 1395 á este doctor el cual dió muestras de aceptarle con mucho gusto. En el año 1396, segun algunos autores, ó segun otros en el de 1398, fue trasladado á la silla de Cambray, y queriendo

cipes cristianos, á fin de reducir á los dos Papas al medio de la cesion, ó tomar á lo menos las providencias que parecieren mas prontas y eficaces para terminar el cisma. Se enviaron embajadores á Alemania, á Inglaterra, á los varios Soberanos de España y al mismo Bonifacio; pero en todas partes el espíritu de preocupacion ó de rivalidad impidió casi todo el éxito de las negociaciones, no menos que de las cartas que con el mismo objeto escribió la universidad de París á los diferentes cuerpos literatos del orbe cristiano. El imperio de Alemania, gobernado como se deja discurrir por el estúpido Wenceslao, atendió muy superficialmente á este punto esencial de la Religion; y entre los cuatro Príncipes cuyo auxilio se imploró en primer lugar, á saber, los duques de Austria y de Baviera, y los electores arzobispos de Tréveris y Colonia, solo pareció que este último le miraba con interés (1). Por lo que toca á Wenceslao se portó tan mal, que corrió la voz de que se habia dejado sobornar de la corte pontificia. Segismundo, Rey de Hungría, de la misma familia que Wenceslao, pero de muy distinto carácter, aprobó el medio de la cesion, y prometió emplear todo su poder para que le adoptase el Emperador su hermano; pero no tardó este Príncipe en tener otro cuidado á que atender.

33. Bayazeto, llamado Ilderim, que quiere decir, rayo, á causa de la rapidéz de sus conquistas,

(1) *Ibid.* p. 331.

cuarto sultan de la casa otomana, usaba de una arrogancia despótica con todos los Soberanos inmediatos á sus estados, ensoberbecido con sus primeros triunfos contra los Príncipes de Grecia (1). Habiendo hecho edificar una ciudadela en Constantinopla el Emperador Juan Paleólogo, para que le sirviese de asilo en caso de necesidad, envió á decirle sin mas ceremonia el imperioso sultan, que la demoliese y que de lo contrario haria que se arrancasen los ojos al Príncipe Manuel, hijo primogénito y sucesor presuntivo de Paleólogo, que se hallaba á la sazón bajo el dominio de Bayazeto á quien habia ido á llevar los socorros ordinarios que exigia aquel vecino tiránico. Incapáz de resistir á un poder tan formidable, y hallándose por otra parte sumamente postrado con motivo de la gota y de otros males que le habia producido su libertinage, no tuvo Paleólogo mas arbitrio que obedecer, y murió poco despues. Manuel se escapó y fue á Constantinopla en el año 1391 á que le reconociesen por Emperador. Ofendido de esto el sultan, envió á decirle inmediatamente: „quiero que haya un cadí en tus estados para que administre justicia á los musulmanes: si no consientes en ello cierra las puertas de tu ciudad, y reina en su recinto porque todo lo que está de la parte de afuera es mio.” Pasó luego á Tracia, arruinó todas sus plazas, llevó cautivos á los habitantes, se apoderó de Tesalónica y estrechó de tal modo á

(1) *Ducas.* c. 13.

Constantinopla, que esperimentó muy en breve esta ciudad todos los horrores del hambre. Constituido el Emperador Manuel en semejante apuro, escribió al Papa, al Rey de Francia y al de Hungría para que le socorriesen prontamente.

Amenazado el Rey Segismundo de una invasion por la Hungría, envió tambien una embajada al Rey Cárlos, y resultó de ella el efecto que se deseaba, pues salió de Francia un número considerable de gente distinguida á las órdenes del conde de Nevers, hijo del duque de Borgoña, acompañado de los dos primeros oficiales militares de la corona, á saber, el condestable Felipe de Artois y el almirante Juan de Viena (1). No correspondió el éxito á lo que se esperaba de aquellos jóvenes ilustres, llenos de valor y de resolucion, pero muy licenciosos é independientes para una expedicion en que no era menos necesaria la buena conducta que la intrepidez. Empezaron provocando al enemigo contra el dictámen del Rey Segismundo, y se apoderaron de un castillo degollando á todos sus habitantes. Despues pusieron sitio á la ciudad de Nicópolis. Acudió Bayazeto á socorrerla, y se dió una gran batalla, en la que los franceses quisieron hallarse en la vanguardia, pero fueron derrotados, y los que pudieron evitar la muerte cayeron en las cadenas del vencedor. El condestable y el almirante murieron en el campo de batalla, y el conde de Nevers, que quedó prisionero, dió dos-

(1) *Froiss. l. 4. c. 67. = Juv. pag. 124.*

cientos mil escudos por su rescate. Se cuenta, que oyendo Bayazeto antes del combate la relacion de los desórdenes que reinaban en el ejército cristiano, dijo con satisfaccion: „Serán vencidos, pues han irritado á Jesucristo su Dios.”

34. El sentimiento que causó en Francia este suceso deplorable, se templó en parte con el tratado que concluyó el Rey con la Inglaterra siendo su basa el casamiento de la Princesa Isabel con el Rey Ricardo. Habiéndose abocado los dos Monarcas en Calais, á donde habia llevado Cárlos á la Princesa su hija para la solemnidad del matrimonio, conferenciaron tambien sobre el importante asunto del cisma, acerca del cual se empezó á tratar en el año anterior por medio de embajadores franceses. El Rey de Inglaterra le habia remitido á la universidad de Oxford; y en la conferencia que tuvo con su suegro, le complació hasta el extremo de declararse á favor de la cesion, bien que este medio no mereció la aprobacion de la universidad, antes bien insistió ésta constantemente en la necesidad de congregar un concilio general, y en efecto se vió que no habia otro recurso para restablecer la paz de la Iglesia. Sin embargo, adoptó Ricardo el plan de los franceses, y trató seriamente de su egecucion. Quedó, pues, acordado entre él y Cárlos, que á mediados de Febrero del año siguiente 1397 enviarian embajadores á los dos Papas para declararles que las cortes de Francia y de Inglaterra habian elegido el medio de la cesion, y

determinarlos á que la adoptasen por sí mismos en tiempo oportuno, á fin de que el dia de San Miguel, 29 de Setiembre del mismo año, se pudiese dar á la Iglesia una nueva Cabeza. Se convino igualmente en hacer nuevas tentativas para atraer al mismo partido al Emperador Wenceslao, de quien se presumia que habia de tener un influjo decisivo en las deliberaciones de los demás Príncipes del imperio.

La España, adonde fue enviado Simon de Cra-maud, patriarca titular de Alejandría, con Gil de los Campos y algunos otros doctores, no tuvo dificultad en adoptar el pensamiento de la corte de Francia. A pesar de las maniobras secretas del Papa Benedicto, el Rey Enrique III de Castilla, y los Reyes de Aragon y de Navarra tuvieron varias juntas de prelados y doctores para proceder con actividad á la estincion del cisma, segun el plan de los franceses. Pero estos proyectos experimentaron despues grandes contrariedades con motivo de la muerte precipitada de D. Juan I, Rey de Aragon, el cual habia manifestado siempre un ardor sincero por el bien de la Iglesia, y estando un dia divertido con el egercicio de la caza, cayó del caballo y murió de resultas de la caída á los cuarenta y cinco años de edad. D. Martin, su hermano y sucesor, protegió y sostuvo con obstinacion los intereses de Benedicto, por haber casado con una parienta suya muy inmediata llamada Maria Lopez de Luna (*).

(*) Habia muerto desgraciadamente de una caída de caballo el

35. Aun fue menor el efecto que produjo la embajada que se envió á los dos Papas rivales, no obstante que la autorizaban espresamente los Reyes

Rey Juan I de Castilla, el 9 de Octubre de 1390. Su hijo D. Enrique, que fue el primero que se llamó Príncipe de Asturias, le sucedió siendo de edad de once años y cinco dias, y fue proclamado en Madrid con el nombre de Enrique III, al dia siguiente de la muerte de su padre. Aunque la minoridad del Rey y el escaso número de grandes que compusieron el consejo de regencia, dieron lugar á algunos disturbios y revueltas, sin embargo, no se descuidó en Castilla el gran negocio del cisma de la Iglesia. Entre las juntas de prelados y doctores que menciona Berault, fue la principal la de Salamanca, desde cuya ciudad dirigió el Rey de Castilla, en 10 de Setiembre de 1397, á su tío D. Martin, Rey de Aragon, una carta, en que largamente referia las diligencias practicadas por parte de Francia y Castilla para restablecer la union de la Iglesia: la resistencia de Benedicto en demitir su pontificado, y la inutilidad del nombramiento de árbitros, á cuya solemne decision estuviere este importantísimo negocio. Por último, rogaba á su tío que contribuyese á que Benedicto hiciera cesion de su dignidad, como único medio de terminar tan escandaloso cisma. En el congreso de Salamanca acordaron provisionalmente algunas reglas ó constituciones para el buen régimen de los negocios eclesiásticos entretanto que careciese la Iglesia de Pontífice verdadero é indubitable, las cuales imprimió el Mtro. Gil Gonzalez Dávila en su historia de Enrique III.

A pesar de las instancias del Rey de Castilla, se empeñó mas que nunca en el cisma el reino de Aragon. D. Martin, que de Rey de Sicilia vino á ocupar el trono, vacante por la desgraciada muerte de su hermano Juan I, se obstinó en defender á su pariente Benedicto. Con su talento y habilidad en el gobierno temporal, se atrajo las voluntades de sus súbditos; y con los elogios y promesas que prodigaba á todos, los indujo á que siguiesen el partido que habia abrazado, y que determinó sostener con todas sus fuerzas.

de Francia, de Inglaterra y de Castilla. Benedicto que fue el primero á quien vieron los embajadores, solo trató de alucinar y de ganar tiempo segun tenia de costumbre. Bonifacio se mostró al principio mas tratable conformándose con el dictámen de su consistorio, que nunca sostuvo mejor que entonces la reputacion de la política romana. „Padre Santo, le dijeron aquellos prelados, solo se trata de disimular en esta ocasion: decid que accederéis gustoso á todo lo que os aconsejen los Reyes, con tal que el pretendido Papa de Aviñon abdique por su parte; que señalen el lugar en que quieran que se celebre el cónclave, y que pasareis allá con vuestros cardenales sin perder un momento.” Era infalible el éxito de esta condescendencia, atendido el estado de las cosas, porque Benedicto, lejos de hacer otro tanto á causa de su desmedida ambicion, hubiera indispuerto los ánimos de todos, y en tal caso se conciliaba Bonifacio naturalmente las dos obediencias. A pesar de sus limitados alcances y de sus ciegas preocupaciones, conoció la prudencia de estos consejos, y prometió arreglar á ellos sus respuestas; pero su madre, sus hermanos y todos sus parientes le comunicaron la inquietud que les causaba la sola idea de la incertidumbre en que iba á poner su dignidad, con lo que se abandonó á esta pusilanimidad popular, y se determinó á responder con desabrimiento lo que se habia dicho ya tantas veces: que la Silla apostólica era incontestablemente suya, y que no la renunciaria jamás. Dos ve-

ces tuvo esta ocasion preciosa de asegurar la posesion en que se hallaba, y dos veces la perdió por estos terrores vanos.

36. El Rey Cárlos y el Emperador Wenceslao enviaron cerca de este Papa á Pedro de Ailli que era ya obispo de Cambray, el cual no recibió una respuesta mas satisfactoria que la de los primeros embajadores. En esta segunda ocasion siguió las impresiones de los romanos que estaban inquietos por su suerte, no tanto movidos de algun afecto ó inclinacion á su persona, cuanto de la perspectiva de las ventajas temporales que les resultaban de tener allí la corte pontificia, y mucho mas estando ya muy cerca del jubileo secular. A fuerza de las repetidas instancias de Cárlos VI, se resolvió por fin Wenceslao á asistir á la conferencia de Rems, desde la cual fue enviado á Roma el obispo de Cambray. El único fruto que se sacó de este abocamiento tan deseado, y de la magnificencia que prodigó en ella el Rey Cárlos, fue esta embajada tan poco fructuosa en sí misma: por lo que el duque de Borgoña, que conocia á los hombres y estaba versado en el manejo de los negocios, no quiso tomar parte en estas disposiciones tan vanas como costosas. Al entrar el Emperador en el palacio abacial de San Remigio, donde se le dió alojamiento, se quedó admirado y suspenso al ver que resplandecia el oro por todas partes, como si fuese aquel un lugar adornado por arte mágica (1). Pero fue-

(1) *Hist. anon. p. 371.*